

PUBLICADO EL 31 DE MAYO DE 1999 EN EL SUPLEMENTO “ECONOMIA & MERCADO” DE EL PAIS – URUGUAY.

FOTO: Rubén Kaztman: el objetivo de mi estudio ha sido analizar el impacto que tienen los vecindarios homogéneos y heterogéneos en los comportamientos de riesgo de los jóvenes que allí residen.

La polarización social en los barrios alimenta un circuito perverso

La segregación residencial reduce el capital social de los sectores más pobres

Los procesos de segregación residencial son lentos y pueden ser detenidos, pero pasado cierto umbral es muy difícil revertirlos, especialmente, si llega a consolidarse una infraestructura económica basada en valores distintos a los del resto de la sociedad como, por ejemplo, la droga. Una vez que esto ha cristalizado, el encuentro de las dos subculturas suele producir conflictos muy graves.

El sociólogo argentino, Rubén Kaztman, conversó con ECONOMIA & MERCADO sobre los riesgos de la segregación residencial y la posibilidad de detener ese proceso en Montevideo. Kaztman fue el coordinador de un estudio reciente sobre “Activos y estructuras de oportunidad: Raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay”, realizado por la Oficina de la Cepal en Montevideo, donde se desempeñó como director hasta hace unas pocas semanas. El entrevistado tuvo a su cargo uno de los capítulos de dicha investigación que se titula: “El vecindario también importa”. “La preocupación por este problema tiene raíces en una especie de ejercicio de nostalgia por mi barrio, Villa Crespo, en Buenos Aires, que exhibía una fuerte integración social” a mediados de este siglo”, sostiene Kaztman. Con razón, se plantea la duda de si el éxito en los estudios de varios de sus compañeros de la infancia provenientes de hogares sumamente modestos, quienes llegaron a obtener un título universitario, hoy día está al alcance de jóvenes de las mismas condiciones que residen en barrios fuertemente segregados.

¿Cuál es la tendencia predominante en la radicación de la población urbana en América Latina?

La mayoría de las ciudades de la región están experimentando un proceso de segregación residencial, que lleva a que los barrios sean más homogéneos en su composición social y más heterogéneos entre sí. De este fenómeno, se conocen los casos extremos por la prensa. Por un lado, tenemos noticias de los asentamientos precarios urbanos o “ghettos” y, por otro, de los llamados “country clubs” y barrios cerrados con guardias de seguridad que nuclean a hogares de altos ingresos.

¿Cuáles son los principales efectos de la polarización social en los barrios?

Desde el punto de vista de los hogares de menores recursos, las consecuencias son particularmente negativas y, en última instancia, contribuyen a alimentar un circuito perverso de segregación progresiva. La separación física reduce el capital social de los pobres, pero no los defiende de la penetración de las propuestas de consumo. Los medios de comunicación propagan los estilos de vida de las personas más afluentes y masifican las propuestas de consumo, todo lo cual favorece la generación de expectativas legítimas, aún entre los más pobres, de adquirir aquellos bienes y servicios que simbolizan el bienestar en la sociedad moderna. Sin embargo, la segregación residencial reduce el portafolio de activos de los sectores más pobres, lo cual implica menos medios para alcanzar metas más altas.

¿A qué se debe su inquietud por la segregación residencial en las ciudades?

La preocupación por este problema tiene raíces, en mi caso particular, en una especie de

ejercicio de nostalgia por mi barrio, Villa Crespo, en Buenos Aires, que exhibía una fuerte integración social. Algunos de mis amigos de entonces con quienes compartíamos la calle, la escuela, los centros deportivos y culturales, provenían de familias muy humildes y, sin embargo, llegaron a convertirse en profesionales universitarios.

¿Son esos logros posibles en la actualidad?

Como sociólogo siempre se me ha planteado la interrogante, si en circunstancias parecidas hoy día, jóvenes con la misma extracción social de mis amigos podrían alcanzar semejantes éxitos. Me pregunto cuánto se debió a las particulares condiciones de movilidad social que existían en la Argentina de mediados del siglo XX y cuánto se debió a esta temprana experiencia de ciudadanía de niños y jóvenes compartiendo los mismos espacios y relacionándose en condiciones de igualdad en un barrio bonaerense que era una especie de “melting pot”. Una de las ideas centrales que orientó el estudio es que los niños y jóvenes pobres que residen en barrios predominantemente pobres tienen menos probabilidades de escapar a la pobreza.

¿Por qué tomó a Montevideo como modelo para su estudio sobre el impacto que tiene la estructura social del vecindario en el futuro de los jóvenes?

Mi experiencia de trabajar varios años en Uruguay me ha hecho revivir muchas de mis experiencias de la niñez y juventud dado que su capital todavía mantiene ciertas características de integración similares al lugar donde crecí. Si bien Montevideo muestra algún proceso incipiente -en comparación con lo que sucede en otras grandes ciudades de América Latina- de segregación residencial, es posible encontrar muchos barrios montevidianos con una considerable integración social. Esta característica es fundamental porque el objetivo de mi estudio ha sido analizar el impacto que tienen los vecindarios homogéneos y heterogéneos en su composición en los comportamientos de riesgo de los jóvenes que allí residen.

Los comportamientos de riesgo en los jóvenes

¿Qué se entiende por comportamientos de riesgo?

Son, por ejemplo, el rezago y abandono escolar de niños entre 8 y 15 años, que permite anticipar logros educativos insuficientes para alcanzar buenas posiciones en el mercado de trabajo y participar en la sociedad moderna; la llamada “desafiliación de las instituciones públicas fundamentales” de los jóvenes varones entre 15 y 24 años, o sea que no estudian ni trabajan y tampoco buscan un empleo, lo cual puede generar una espiral ascendente de fracasos porque deteriora la imagen propia y la autoestima necesaria para enfrentar nuevos desafíos; y las adolescentes solteras con hijos, cuya maternidad precoz aumenta la probabilidad de bloqueos en la acumulación de activos personales, constituyéndose así en otro eslabón importante en los mecanismos que conducen a la pobreza y a la exclusión social.

¿Qué tipos de hogares se analizaron en su investigación?

La composición social del vecindario es una fuente importante de oportunidades para que los hogares mejoren su situación de bienestar. Obviamente, encontramos que había más comportamientos de riesgo en los barrios con una composición social caracterizada por muy pocos estratos ocupacionales altos, lo que se entiende por profesionales, gerentes, científicos, docentes, artistas, etc. Para eso bastaba con una simple mirada, pero lo que no es trivial fue haber podido evaluar familias con las mismas características similares en un barrio donde hay muy pocas de estas ocupaciones y en otro con un alto porcentaje de las mismas, es decir comparar una familia pobre en un barrio homogéneamente pobre y otra también pobre viviendo en un barrio altamente heterogéneo. En suma, se trató de separar el efecto vecindario del efecto familia, sobre el comportamiento de niños y jóvenes.

¿Qué características fundamentales se atendieron en los hogares seleccionadas para la investigación?

Fueron aquellas características que a través de investigaciones realizadas especialmente en el Panorama Social de la CEPAL han mostrado ser determinantes muy importantes para el logro educativo de los jóvenes y también de la inminente desafiliación de los jóvenes de la educación y del sistema laboral. Esas variables son el ingreso de los hogares, el clima educativo del hogar, que resulta de calcular el promedio de años de estudios de las personas mayores que lo integran y, por último, el tipo de organización familiar.

El barrio importa mucho

¿A qué conclusiones se arribaron?

Comparando familias similares en cuanto ingreso, clima educativo y organización familiar, encontramos que la composición social del barrio tiene un efecto independiente sobre el rendimiento educativo de los niños. Hicimos lo mismo con varones de entre 15 y 24 años que ni trabajaban ni estudiaban y llegamos a la misma conclusión. Es decir, el barrio tiene una influencia autónoma de los determinantes familiares. Con respecto a las mujeres, también encontramos un impacto autónomo del barrio sobre las madres jóvenes solteras del mismo nivel educativo.

¿No se estudió el efecto del barrio sobre el éxito en el mercado de trabajo?

Sí, lo hicimos en una segunda etapa. En base a la Encuesta de Hogares del INE (Instituto Nacional de Estadística) tomamos jóvenes trabajadores de 20 a 30 años que permanecían en sus hogares de origen y averiguamos cuánto ganaban por hora. Ahí también se encontró que hay un efecto del vecindario independiente de los determinantes familiares y de los años de estudio que alcanzaron los jóvenes, sobre sus ingresos horarios. Es decir, que quien vive en un barrio homogéneamente pobre gana menos que aquel con similares características que reside en un barrio heterogéneo.

Habiendo constatado que el barrio importa mucho, ¿cómo se transmiten sus efectos sobre el comportamiento?

Se opera básicamente con tres ideas fundamentales. En primer lugar, los barrios se distinguen entre sí por lo que se podría llamar su mayor o menor eficiencia normativa. En algunas zonas, las normas de convivencia son más fuertes. Hay más personas que premian el “buen” comportamiento y sancionan el “mal” comportamiento. Esta situación refleja un capital social vecinal que genera confianza, facilita la sociabilidad y permite que los hogares no tengan que distraer recursos en proteger a sus hijos o sus propiedades.

En segundo término, está la presencia de modelos de rol, o sea de personas que siguiendo vías legítimas han tenido éxito. Pueden ser adultos o también los mismos hogares puesto que un joven con escasos recursos se beneficia cuando interactúa con otros de clase media con más iniciativas, con un vocabulario más amplio, con mayor capacidad de comunicación y con aspiraciones, por ejemplo, de asistir a la universidad. La tercera idea se refiere a la importancia de los contactos en el momento de incorporarse al mercado laboral y las vinculaciones que permiten llegar a los mejores puestos de trabajo.

¿Es probable que una combinación de estas tres aspectos se esté dando en los barrios de Montevideo más heterogéneos en su composición social?

Es muy factible que eso esté ocurriendo. No obstante, uno de los resultados más sugerentes de este trabajo es que, quizás, para los niños y los jóvenes de los estratos más pobres, residir en un barrio heterogéneo crea un efecto positivo más bien a través de la normativa de convivencia y de los modelos de rol que por el de los contactos. Curiosamente, la posibilidad de aprovechar los

contactos para tener éxito en el mercado de trabajo parecen ser particularmente importantes para los jóvenes que provienen de estratos sociales más altos.

BLOQUE I

Mayor homogeneidad dentro de los barrios de Montevideo

¿Cómo ha evolucionado la estructura social de los barrios de Montevideo?

En el caso de Montevideo, pese a algunos esfuerzos pioneros, no se dispone de estudios sistemáticos que permitan evaluar los cambios que se produjeron en las últimas décadas, ni en la estructura social de sus barrios ni en la relación entre la estratificación social y la distribución espacial de la población. Por cierto, recientemente se han realizado investigaciones que muestran el crecimiento de asentamientos precarios, que caracterizan el extremo inferior de la estratificación urbana. Su principal conclusión es que la cantidad de viviendas en esas áreas se triplicó en diez años y que el ritmo de crecimiento se aceleró a partir de 1990.

¿Qué resultados obtuvo en su investigación sobre segregación residencial en Montevideo?

Los fenómenos de segregación residencial no son fáciles de investigar. La razón fundamental es que son procesos de largo plazo. A veces, es preciso analizarlos a través de un período de treinta a cuarenta años. Dada la información que disponemos, nuestro trabajo se hizo en un lapso de diez años, pero fue suficiente, al menos, para observar que efectivamente se producía una mayor homogeneidad dentro de los barrios y una mayor heterogeneidad entre los distintos barrios de Montevideo.

BLOQUE II

Priorizar políticas de ordenamiento urbano

¿Es posible detener la segregación residencial en Montevideo?

Las características de la sociedad montevideana son muy interesantes porque aquí no existen diferencias étnicas importantes y hay una tradición de democracia social muy fuerte con una baja distancia social en el trato cotidiano. Visto el capital social del Uruguay y el proceso todavía incipiente de segregación residencial, tiendo a creer que, si hay algún lugar en América Latina donde es posible al menos atender esta problemática y buscar una solución posible, ese es Montevideo, especialmente, porque hay una generación que en este momento tiene posiciones de responsabilidad en la actividad política y empresarial, que mantiene fresca en su memoria los beneficios de haberse criado en un barrio integrado.

¿Qué soluciones serían viables al respecto?

Quizás, la clase política estaría dispuesta a favorecer iniciativas que tuvieran que ver con el mantenimiento de espacios públicos de interacción entre personas de distinto origen. Reconozco que es un objetivo muy difícil -que denomino “área dura de política”- porque todo parece estar en contra. En primer lugar, la densidad urbana aumenta y con ella aumenta el valor de la tierra de la ciudad, lo cual estimula a que las personas se desplacen hacia donde pueden costear su vivienda. En segundo término, hay un interés de actores sociales significativos -como los agentes inmobiliarios- en mantener la homogeneidad de ciertos barrios, ya que eso tiene que ver con el valor de la tierra en esas zonas. En tercer lugar, desde el punto de vista de la política, obviamente el Estado busca maximizar el uso de los recursos públicos construyendo la mayor cantidad de viviendas con el menor dinero posible, para lo cual se requieren tierras baratas que, generalmente, están alejadas del eje de las grandes ciudades.

¿No ocurre algo similar con los asentamientos precarios?

También, de parte de aquellos que sufren el problema de la vivienda, hay un incentivo para tratar de encontrar sus propias soluciones habitacionales instalándose en tierras fiscales o no

fiscales, con la esperanza que la situación se legalice con el tiempo. Por último, a medida que se propaga el fenómeno de los asentamientos precarios que favorecen la emergencia de comportamientos marginales, comienza a formarse una imagen de clases peligrosas, lo cual gatilla una especie de círculo vicioso, donde las clases medias y altas se defienden creando barrios cerrados y aumentando de este modo la segregación.

¿No son esos obstáculos muy difíciles de salvar?

Por cierto, todo esto hace que cualquier iniciativa tendiente a plantear una política distinta encuentre muchas resistencias. Sin embargo, comparado con otras políticas que apuntan a bloquear los mecanismos de producción de la pobreza y de la desigualdad, tengo la impresión que ésta es una de las pocas vías posibles. Si repasamos los grandes determinantes de comportamientos de riesgo, vemos que el clima educativo del hogar es muy difícil de cambiar. Los ingresos de los hogares dependen fundamentalmente del “tiraje de la chimenea económica” y de las vicisitudes de los ciclos económicos. Intervenir en los procesos de desorganización familiar, además de plantear serios problemas acerca de la legitimidad de acciones públicas en áreas eminentemente privadas, implica frenar o revertir procesos que responden a transformaciones culturales muy profundas. En este panorama, me parece que un conjunto ordenado y coherente de iniciativas orientadas a frenar la segregación residencial y mantener o crear lugares públicos que posibiliten la interacción entre distintos estratos sociales, se presenta como una meta difícil, pero relativamente más factible que las antes mencionadas.

¿Qué área estatal es la más adecuada para encarar el tema de la segregación residencial?

Las políticas habitacionales se han guiado mucho por problemas de costos de tierras, créditos e infraestructura, pero han soslayado los costos sociales vinculados con la emergencia de los comportamientos de riesgo. En los ministerios de vivienda, en general, las unidades que tienen que ver con el ordenamiento territorial están subestimadas con respecto a aquellas relacionadas con la política de infraestructura. Hay poca inversión hecha en ordenamiento territorial de diseño urbano en comparación con los fondos destinados a la política de vivienda. Una primera conclusión es que hay que darle importancia a las políticas de ordenamiento urbano. Una segunda conclusión se refiere a la necesidad de crear condiciones favorables para mantener y ampliar los lugares públicos de interacción pluralista, como parques, centros culturales y deportivos, cafés, playas, tablados, transporte colectivo, etc. así como estimular la participación de toda la población en esos espacios.

¿Cómo deberían funcionar estos lugares de encuentro?

En cada política sectorial debería existir un matiz bajo la consigna de tratar de maximizar las posibilidades de interacción entre personas de distinto origen. Si hoy se quiere instalar un jardín de infantes, éste se ubicará en medio de un asentamiento pobre bajo una política orientada por la focalización. En cambio, con el matiz de la interacción, se buscaría colocarlo en un lugar que permita el acceso de niños de distinto origen. Lo mismo se aplica para cualquier otro centro de salud, deportivo, etc. El gran orientador de todo esto sería una política de ordenamiento territorial tendiente a fortalecer los lugares públicos de interacción.

¿Qué ocurre cuando la segregación residencial se consolida?

Cuando se producen los procesos de segregación residencial y los barrios comienzan a ser cada vez más homogéneos, dentro de cada uno de ellos se generan códigos propios y un ordenamiento de valores diferentes al de la sociedad global. Estos procesos llevan cierto tiempo y pueden ser detenidos, pero pasado cierto umbral es muy difícil revertirlos, especialmente, si llega a consolidarse una infraestructura económica que sustenta estos valores distintos como, por ejemplo, la droga. Una vez que esto ha cristalizado, el encuentro de las dos subculturas suele

producir conflictos más graves. Parte de los conflictos conocidos en los colegios de Estados Unidos se producen justamente por la convergencia de jóvenes procedentes de dos subculturas, que ya han cristalizado códigos diferentes y, muchas veces, antagónicos.

¿Qué propone usted ante esos casos que ya se han vuelto comunes en muchas ciudades?

Como en tantas otras cosas, es mejor prevenir que curar. No sólo en el sentido de impedir que se consoliden y cristalicen algunos procesos sino también en dar prioridad a las intervenciones tempranas dirigidas a las primeras etapas de la vida de las personas. Es más importante integrar a través de una escuela primaria que a través de una universidad, no sólo porque los niños son más susceptibles al contexto que los mayores, sino porque a esta última difícilmente llegue alguien de un barrio marginal. Cuánto más tempranas sean las intervenciones más positivos serán los resultados.